

HISTORIA Y COMPROMISO CÍVICO

Entrevista a Josep Fontana¹

Alfonso Torres Carrillo²

El IX Congreso de Historia de Colombia realizado en la ciudad de Tunja el pasado mes de mayo contó con la presencia, entre otros invitados internacionales, del historiador catalán Josep Fontana, quien por primera vez visitaba nuestro país. El profesor Fontana es catedrático de Historia Económica en la Facultad de Humanidades y director del Instituto de Historia Jaume Vicen Vives de la Universidad Pompeu Fabra en Barcelona. Autor de los libros *Historia: análisis del pasado y proyecto social* y *La historia después del fin de la historia*, publicados por Crítica Grijalbo, colección que él dirige.

Haciendo uso del privilegio de su paso por Bogotá y de su cordialidad y calidez humana, realizamos una conversación sobre su formación y trayectoria como historiador, así como sobre sus reflexiones actuales acerca del oficio del historiador, las perspectivas de nuestra disciplina y de su enseñanza en lo que queda del milenio.

Para hacer más ágil la lectura del artículo, hemos eliminado algunas de las preguntas e introducido subtítulos, cuando el contenido de sus respuestas lo requiere. Del mismo modo, hemos hecho una edición del paso de lo oral a lo escrito, procurando respetar la palabra del entrevistado.

¿Por qué la historia como profesión y opción de vida?

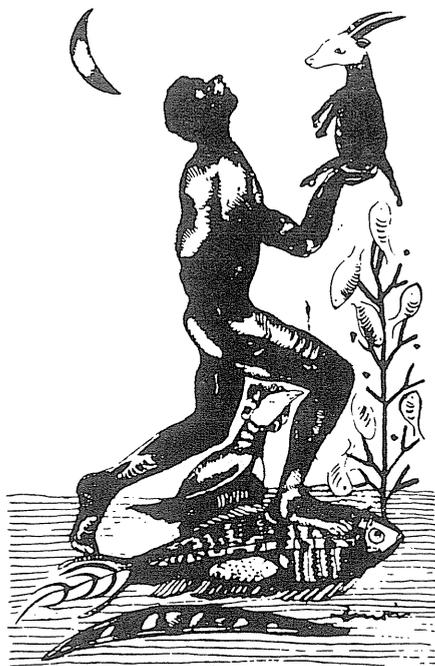


Zaida del río.
La consagración de la primavera.
Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1987.

1 Realizada en Santafé de Bogotá, el 7 de mayo de 1995.

2 Docente investigador del departamento de Postgrados de la Universidad Pedagógica Nacional.

En realidad cuando yo estudiaba bachillerato, incluso cuando ingresé a la Universidad no tenía pensado convertirme en historiador, sencillamente porque lo que me habían enseñado como historia, no me interesaba; pero al mismo tiempo que entraba a la Universidad tuve la suerte de poder simultanear otros cursos que eran clandestinos —estoy hablando naturalmente de la época del franquismo más duro— que se daban en lo que se llamaba estudios universitarios catalanes; allá con un gran historiador aprendí muchas cosas, aprendí a entender lo que era ese oficio, aprendí a leer un documento como fuente histórica y ver que reflejaba problemas humanos reales y sobretodo aprendí otra cosa que supongo que ha sido fundamental: el hecho de que trabajar en historia significaba, si se hacía como debía hacerse, un compromiso cívico.



Eso hay que entenderlo también en los momentos del franquismo a que me estoy refiriendo; vivíamos en una situación en que las formas de opresión que sufríamos pretendían legitimarse por una visión histórica que lógicamente nosotros rechazábamos de plano. Y era natural que allí podía encontrarse, en el terreno mismo en el que se fabricaba la legitimación del sistema,

de crear un tipo de conciencia que podía ayudar, no sólo a acabar con eso, sino —lo que nos parecía a nosotros más importante— ayudar a preparar el camino de unas formas de sociedad nuevas.

La verdad es que en ese momento crucial, que para mí era decisivo, comprendí que el trabajo del historiador era un trabajo sobre el presente, como un servicio al país; lo vi luego confirmado por las otras dos personas que serían mis maestros sucesivamente, Jaime Vicen Vives —en el Instituto donde trabajo he puesto en la entrada un pedazo de una carta suya en la que él me decía: “Más importante que la historia es la universidad y más importante que la universidad es el país, pero se puede servir al país a través de la ciencia histórica.”

El otro de mis maestros fue Pierre Vilar —el único que aún vive. Evidentemente él iba en la misma dirección, y esto se confirma en que las múltiples veces que me he encontrado con Vilar, no hablamos de historia sino de política, y es que es coherente, seguramente, que sea así. Esta es la razón por la cual me metí en eso.

LOS PRIMEROS TRABAJOS HISTÓRICOS Y LOS CAMBIOS POSTERIORES

En realidad mi trabajo específico como historiador, en lo que corresponde a la tesina de licenciatura, es un trabajo de historia económica de mediados del siglo XVII. Eso lo abandono enseñada y desde muy pronto, y con el visto bueno de Vicen me pongo a estudiar el siglo XIX. Obedecía a una razón que tenía que ver con la propia historia de Cataluña: necesitábamos averiguar que había sucedido en unos momentos clave que se habían convertido en tabú, por decirlo así. Primero me pongo a hacer una tesis sobre la desamortización, pero la abandono muy pronto. En cambio, trato de hacer algo que todavía estoy haciendo, que es un trabajo sobre lo que yo primero pensaba que era la crisis del Antiguo Régimen y ahora entiendo que en realidad es un trabajo sobre la formación del nuevo régimen, pero me ha costado muchos años entenderlo.

En función de eso, en circunstancias muy duras porque hay que tener en cuenta que Vicen murió, pronto me encuentro en la Universidad de una manera totalmente marginal y expulsado por

razones políticas después. De manera que no puedo volver a entrar a la Universidad hasta bastante tarde y cuando regreso, —en realidad antes— he hecho una tesis doctoral de una manera un poco salvaje: ganándome la vida haciendo enciclopedias, es decir, dirigiendo la parte de historia de la versión castellana del Larousse; y con eso me ahorro un dinero que me permite estarme seis meses encerrado escribiendo mi tesis.

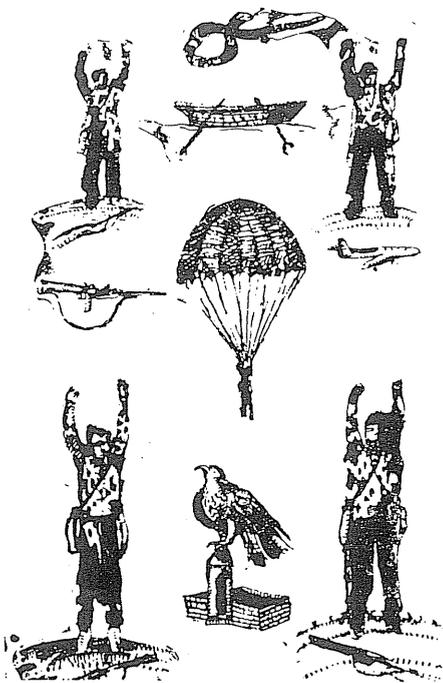
Termino haciendo algo que se llama *La quiebra de la monarquía absoluta 1814-1820*. Entonces, paradójicamente se me abre la posibilidad de volver a la universidad como contratado y después se me ofrece la oportunidad, creo que en el 73, de dictar una cátedra y unos amigos me empujan a un concurso. Era un concurso en unas condiciones bastante salvajes pues yo tenía todo políticamente en contra. Pero conté con el apoyo de otras personas, en especial una persona del Tribunal que se portó estupendamente, De Avellano. El aprecia que cuando yo voy a la sustentación, en uno de esos ejercicios en que uno tiene que contar su vida y su filiación, yo me puse a hablar de Gramsci, a decir que soy discípulo de Vicen y de Vilar. Val de Avellano aprecia esa sinceridad y me ayuda. En el mismo tribunal hay un individuo que va allí enviado por una secta político-religiosa-financiera conocida —el Opus Dei— para evitar que yo salga.

Entonces esto me permite entrar a la Universidad con problemas, porque de pronto me niegan los últimos papeles requeridos y estoy a punto de perder mi derecho a asumir la cátedra después de haber pasado el concurso. Hay un momento en el que incluso creo que no me sirvió de nada, porque algunos no me querían dejar entrar.

Entonces yo sigo mi trabajo en este terreno, como historiador, que espero ahora poder volver a emprender después de tantos desvíos y sobresaltos, que sería el de acabar de estudiar todo ese proceso sobre cómo se forma realmente el nuevo régimen, qué va a significar el liberalismo, la sociedad burguesa, etc. Pero yo entiendo también que cuando me planteo este tema no me lo planteo porque sí; me lo planteo porque precisamente me parece que me hace falta tratar de entender de una manera más rica, más compleja y profunda algo que, de hecho, estaba excesivamente esquematizado como crisis del antiguo régimen —revolución burguesa, etc.—; ya eso a mí no me convence y se que yo ya estoy buscando

aquí una forma más rica de explicar un proceso muy complejo en que las respuestas tradicionales no me satisfacen.

Digo eso, porque tal vez eso permita entender que un conjunto de situaciones —el hecho de vivir como una persona comprometida en un momento comprometido y habiendo hecho una opción política— que me habían llevado al marxismo y al mismo tiempo el descontento con las versiones catequísticas del marxismo, por fuerza me tenían que llevar a entrar en el terreno de criticar las concepciones de la historia, la forma como eran aplicadas unas y por otro lado, el tratar de pulir y afinar las otras. Supongo que es lo que me lleva a hacer los primeros trabajos en ese terreno; primero escribí un trabajo sobre *Annales* que yo creo que obedecía al hecho de que los *Annales* habían sido para mí un elemento formativo muy importante.



LA HISTORIA COMO ANÁLISIS DEL PASADO Y PROYECTO SOCIAL

Yo me suscribí a la revista de *Annales* mientras estaba todavía haciendo la carrera, y tenía desde aquel entonces una veneración por Lucien Febvre que era para mí como un evangelio. Supongo que en todo eso la observación de la facilidad de

ciertos elementos de eso que era más sugestivo, me lleva a hacer ese primer trabajo. Después a mí me parece que en el fondo, la reflexión sobre la naturaleza del trabajo que uno hace, de hecho es algo inherente. Por ejemplo, si ha existido una pregunta de los estudiantes que me ha puesto nervioso, es cuando un estudiante pretende que tu expliques algo así como "metodología"; como si existiera una cosa codificada que se aprende y se aplica. Cuando precisamente lo que ocurre es que eso que llamas metodología es un juego de herramientas que tienes dentro y se modifica ante cada nuevo problema; es necesario que sea así. Cuando haces un trabajo de ese tipo, el trabajo práctico y la reflexión tienen que estar siempre asociados. Esto me llevó un día a que se me ocurriera hacer ese librito *Historia, análisis del pasado y proyecto social*, enseguida mis amigos me dijeron que ese era un título que no había quien lo fumara.

Me puse a hacerlo, me pareció que pasaba y entonces el libro produjo una situación curiosa: en primer lugar, lo que uno podría llamar un silencio; así como mi tesis fue acogida con críticas elogiosísimas, este libro produjo un silencio espectacular y luego hubo un ataque feroz y descarnado de un individuo que representaba el ala derecha del PSOE, un antiguo sacerdote que salió como un San Jorge defensor de la civilización occidental contra los horrores que había en ese libro.

En cambio, curiosamente el libro se vendía y se ha seguido vendiendo a pesar de la hostilidad del medio académico, no se muy bien porqué; me ha dado la mayor de las satisfacciones del mundo al haber encontrado en los lugares más impensados lectores que me han dicho que ese era un libro que les había servido para aprender y hacer cosas. Me ha producido una gran satisfacción porque nunca escribí ese libro para obtener algún tipo de reconocimiento académico —hubiese escrito otra cosa totalmente diferente y creo que lo podía hacer porque había trabajado juiciosamente para hacerlo— y en cambio me dio plena satisfacción, porque encontrarte con una joven historiadora indígena de Jujui en Argentina, que te dice que ese libro le ha ayudado a dar sentido a su trabajo, te da tanta satisfacción que nada en el mundo podría compensártelo.

Bueno y así es que me he encontrado haciendo estas cosas y el haber cometido el pecado de haber escrito ese libro supongo que me obliga

a tratar de ponerle algún remedio y me ha conducido a pensar en dos cosas: una, que me voy a ponerme seriamente a actualizarlo, a renovarlo, pues sobre eso he aprendido mucho en estos últimos años; por otro lado quisiera hacer algo que no se si quisiera hacer. Me di cuenta que en el pequeño librito que hice después, *La historia después del fin de la historia*, me quedé demasiado trabado en la crítica, abandonando completamente las soluciones positivas; por ello, me gustaría hacer un tipo de librito más grande que aquel que en cierto modo fuera un libro de propuestas, no de soluciones sino de propuestas.

LA CRÍTICA A LOS ANNALES Y LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

Respecto a los Annales hay que tener en cuenta una cosa; los Annales de Bloch son para mí una cosa, los Annales de Febvre cuando Bloch es apresado, ya no son exactamente lo mismo, pero siguen siendo algo coherente y es importante. Braudel, con todo lo que se quiera decir de él, es también relativamente coherente. Pero cuando la gente de Annales se desembaraza de Braudel, porque es así, entonces Annales ha perdido cualquier tipo de línea; ya no tiene ninguna unidad ni dirección. Después de Braudel, Annales es un escaparate ecléctico de la novedad, donde pueden aparecer cosas excelentes, como es lógico, pero aparecen cosas tan vergonzosas que no se entiende que una revista seria lo haga: hay momentos de enajenación estructuralista, donde se comunican cosas que son risibles. Pero en todo caso es realmente un muestrario de productos sin la menor unidad.

Con respecto a las mentalidades se requiere una cierta explicación. A mí lo que me molestaba de la historia de las mentalidades es el hecho de que empezara a aparecer como planteando algo profundamente renovado y que al mismo tiempo no te explicaban qué era lo que hacían; pero lo más divertido del caso es que cuando se te ponen sus cultivadores a explicarte qué es eso de la historia de las mentalidades es una historia de no se sabe qué; se sabe que no es lo otro: la historia de las ideas, de la ciencia o de la cultura, pero no se sabe muy bien qué es. Y esto es muy peligroso porque si eso es manejado por gente inteligente y sensata como es el caso de Vovelle, pueden dar lugar a buenos trabajos, también puede caer en una dispersión de trabajitos sin el

menor resultado ni la menor utilidad, sencillamente porque se está haciendo historia de las mentalidades. Yo he visto ejemplos que llegan a ser tremendamente risibles, como en la revista italiana que en ese entonces era uno de sus máximos exponentes, *Los Cuaderni storici*, hace algunos años había un artículo sobre la hermana no se que y los milagros de San Luis donde sale con unas tonterías sobre si desde la estructura narrativa, la hermana puede acceder a la muerte de la madre.

Es hora de ver dónde vamos y a qué sirve todo esto. A mí me parece que si no se pone coto y no se controlan las cosas eso puede —y me parece que ya está pasando en muchos sitios— abrir un campo de dispersión. Yo no quiero despreciar eso como campo: casi todos los errores responden a buenas intenciones. Me parece que tales necesidades responden a una necesidad sentida que es la de introducir un dominio normalmente no tenido en cuenta, el dominio de lo que no corresponde a la racionalidad estricta, de acuerdo con unos criterios culturales ideológicos de la época y que son importantes en la conducta de un hombre; entonces eso me parece que es importante pero hay que definirlo, hay que darle su lugar y sujetarlo, meterlo dentro del terreno de la explicación global histórica y esto sería extraordinariamente útil.

Pero a mí me parece que quien mejor ha dicho esto, quien ha definido lo que debería ser en realidad, es un historiador que define las mentalidades como una antropología histórica que está buscando cómo, un común de impresiones a través de la conciencia, acaban convirtiéndose en una concepción del mundo que pone su sello sobre la conducta humana. Yo creo que eso sí es importante. Entender, por ejemplo, por qué un trasfondo de ideas religiosas en un momento dado puede marcar una conducta humana de forma que pueda parecer que escapa de una explicación razonable; eso es muy, muy importante.

Ahora, no hay que dejar el caballo suelto por el campo, sino ponerle bridas, dirigirlo y decir a qué se va.

DEUDAS CON OTRAS TRADICIONES HISTORIOGRÁFICAS: THOMPSON Y GRAMSCI

Deudas tengo muchas, admiraciones muchas. Está claro que a mí me influye extraordinariamente la historiografía británica y en particular Thompson. Algunas veces tu tienes en la vida estas sorpresas, estos descubrimientos que te iluminan completamente. Me parece que ocurre en el año 68, yo entro un buen día en una librería, La Rambla, y veo un Pélican muy gordo que era el número 1000: *The making of english working*





class; yo no se quien es Thompson en esos momentos, cosa bastante lógica. Lo abro, me interesa, me lo compro y cuando lo leo en casa me produce una fascinación que me obliga —como siempre me sucede con estas cosas— a comunicarlo a los demás, a hacer que los demás lo lean, procurar que la gente que tengo a mi alrededor se empape de Thompson. Aquello era totalmente distinto a lo que hasta entonces había leído yo.

Luego van saliendo posteriormente los artículos de Thompson en *Past and Present*, en *Workshop history*, como el de la Economía moral, que ejercieron sobre mí una influencia importante. Este autor me marca mucho porque, por evidentes razones es afín a mi manera de pensar: es un hombre que proviene de una tradición marxista.

Una de las mayores influencias historiográficas sobre mí fue Gramsci. Yo descubro a Gramsci antes, en un viaje a Italia: me lo leo todo, lo vacío todo, lo ficho todo; me empapo de Gramsci de tal modo que luego me doy cuenta de que no lo cito nunca: ya no era necesario citarlo, porque lo tienes tan absolutamente asimilado, lo has hecho tuyo.

Precisamente, cuando yo me encuentro con Thompson, encuentro algo que conecta con aquello, e incluso yo tengo la manía de ver que pueda haber en Thompson una influencia

gramsciana, cosa que después él me desmiente porque lo conoció poco; tomó un camino por otro lado, pero ha llegado a ese mismo lugar, a ese alejamiento de lo que eran los catecismos marxistoides de la época. Al igual que ellos, desde el primer momento yo había rechazado éstos, puesto que no ligaban con el tipo de formación que tenía.

EL ENCUENTRO CON BENJAMÍN

Yo creo que las de Thompson y Gramsci han sido las influencias más evidentes. Después ha habido muchas más que tendría que reconocer; por ejemplo en los últimos años, Walter Benjamín, con cosas para mí extrañas. Los textos que yo le había leído me habían gustado siempre, pero pasó algo con el de *Filosofía de la historia* que es un texto que escribe poco antes de su muerte; Benjamín es un autor que a veces parece complejo y tiene siempre una peculiaridad y es que cuando lo estás leyendo de pronto encuentras que una de esas cosas que dice, estalla. Es como un relámpago que te mete un porrazo y lo ilumina todo. Luego no lo desarrolla; es como una explosión un momento que te sacude completamente.

Y se da el caso de haberme dado cuenta, no hace demasiado tiempo, por ejemplo, de que en las tesis de filosofía de la historia que había leído hacía muchos años hay cosas que no he comprendido sino al cabo de 10 o 12 años. Después sale el grueso libro de su trabajo no terminado *Pasajes sobre París en el siglo XIX* y allí vuelvo a encontrar cosas que me sacuden y me remueven.

Pero obviamente lo que a mí me sacude y me remueve no son sólo los libros, sino la forma en que los libros entran en contacto con la realidad que te obliga a ajustar las tuercas para ver como consigues entender el mundo en que estás y en función de la forma como ideológicamente estás entendiendo la historia.

LA DISCUSIÓN EPISTEMOLÓGICA CONTEMPORÁNEA Y LA NOCIÓN DE REALIDAD HISTÓRICA

El modelo de realidad histórica que predomina, que es un modelo del siglo XVIII, estaba muy ligado al desarrollo de la ciencia en su tiempo y

que la ciencia de su tiempo era una ciencia mecanicista que pretendía la posibilidad de un conocimiento total y absoluto.

Eran las concepciones de La Place, y luego las propias concepciones de Darwin que vienen a enlazar con aquellas y a mostrar una especie de sistema totalmente ordenado del mundo en el cual van en orden primero el mundo natural inmóvil, de segundo viene la vida hasta llegar al hombre y éste sigue un proceso evolutivo semejante a ese que se había pensado como válido para la vida. Entonces sí es así. Ese modelo ha sido construido sobre unas concepciones de la ciencia que en su momento eran aceptadas generalmente.

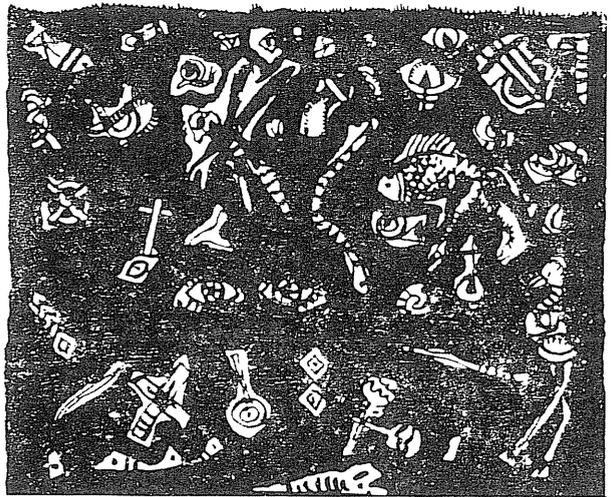
Cuando llegamos al siglo XX esas concepciones han sido totalmente abandonadas, tampoco sería malo que los historiadores revisasen sus fundamentos para entender que la vieja exigencia —por ejemplo popperiana— de la necesidad de predecir, resulta un poco absurdo para el historiador, hoy, cuando el físico reconoce que no la tiene, cuando el físico te dice que no es capaz de predecir un movimiento de cuerpos celestes más que cuando hay dos; pero cuando ya hay tres, las complejidades que se introducen impiden la predicción.

Cuando estamos en eso, cuando un premio Nobel como lo es Prigoginni, dice que la pretensión de predecir es un absurdo que no tiene que ver con la ciencia ni con la realidad, entonces nos empezamos a encontrar con muchas cosas, y creo que a los historiadores les haría falta leer la obra de Stephen Hawking, *La vida maravillosa*, para que vean lo que ese hombre en éste y en todos sus libros ha ido exponiendo. El hecho que sea un divulgador no impide tener en cuenta que es al mismo tiempo un científico respetado y que sus tesis están siendo aceptadas. Por ejemplo ha venido mostrando cómo en la visión del proceso de evolución la contingencia ha tenido un peso extraordinario; que se ha acabado todo aquello del desarrollo uniforme hacia un destino fijo. La contingencia tiene una tarea destacada y así, por

ejemplo, la aparición del hombre es un hecho casual: ocurrió, pero pudo no haber ocurrido y no había nada que obligara.

Cuando nos encontramos con situaciones como estas: individuos que provienen por ejemplo, del terreno de la física están sosteniendo cuestiones como la necesidad de introducir un concepto de historicidad dentro de la ciencia; han salido de aquella imagen laplaciana de que lo que importan son las partículas y su movimiento, para pasar a otra en que se reconocen a los mismos acontecimientos y sus consecuencias.

Que el historiador no se de cuenta de que tiene que adecuarse también a revisar sus propios modelos para ver si no están padeciendo de las mismas insuficiencias que padecían los modelos de las ciencias naturales. A cualquiera que me venga otra vez con la broma de que la histo-



ria no es una ciencia porque no tiene capacidad de predecir exactamente, etc., etc... le tendría que recordar que en estos momentos existen las matemáticas experimentales.

EL INSTITUTO DE HISTORIA VICEN VIVES Y LA FORMACIÓN DE DOCENTES DE HISTORIA

Yo en realidad siempre he tenido una preocupación muy grande por el contacto con la gente que se dedica a la docencia; no se si es por mi conciencia de que no soy un buen docente; tengo dos defectos clave: tengo unas virtudes, por ejemplo desde muy joven aprendí que la primera lección de quien enseña es que los niños no se le duerman, he procurado que por lo menos mis alumnos no se aburran demasiado; pero en cambio, no he tenido nunca las condiciones que he sabido admirar en individuos que trabajan en la docencia.

Generalmente mi trabajo es muy simple; tengo la costumbre de dar explicaciones redondas que resultan muy plausibles pero que son problemáticas y eso es malo desde el punto de vista pedagógico; yo admiro a quienes saben hacer otra cosa, pero yo no lo se hacer. En cambio, lo que tengo es un profundo interés por su trabajo; entonces mi trabajo con los docentes nunca ha sido para darles lecciones ni para decirles cómo tienen que enseñar, porque en realidad no lo se; pero en cambio creo que hay una cosa en la que tenemos que complementarnos los que hacemos un tipo de trabajo con los que hacen otro, porque el problema que se ha manifestado en demasiadas ocasiones es que ha habido mucha gente que ha venido creyendo que lo que necesitaba un docente de historia era sencillamente técnicas pedagógicas y nada más.

Evidentemente estas no tienen sentido si no se preocupan al mismo tiempo por lo que hay que comunicar con esas técnicas pedagógicas. Hay momentos en que la renovación del conocimiento histórico es tan grande, en que hay tantas aportaciones nuevas y que éstas aportaciones pueden cambiar la forma de concebir cosas fundamentales. A mí me parece que debe haber un contacto con los docentes precisamente para ayudarles a buscar todo ese caudal de conocimientos, para enseñar a repensarlo y a poder plantearse las cosas de una forma distinta.



Yo creo que es aquí el terreno de cooperación más importante que puede haber entre la universidad y el mundo de la enseñanza de secundaria. Pero para que eso funcione se tiene que abandonar lo que suele ser un vicio general de la Universidad, al ofrecer al profesorado cursos de reciclaje que casi siempre se hacen de una manera paternalista, tratando de "ilustrar" a los enseñantes las grandes innovaciones teóricas o las grandes "novedades"

metodológicas y no se suele atender cuáles son sus necesidades reales, cuáles son aquellas cosas que ellos necesitan conocer y comprender para poder trabajarlas después con los chicos.

De aquí surge la idea de proceder de una manera distinta; es decir, ponerse en contacto con profesores de enseñanza media con el fin de darles lo que ellos pidiesen. Los cursos que montamos en el Instituto y que ahora llevan 6 años y como lo atestiguan los cientos de maestros que no se arrepienten y siguen. Es un tipo de cursos en que previamente son los propios profesores quienes hacen el programa de lo que quieren para el año próximo y con ellos discutimos los contenidos; luego buscamos las personas para que los asuman en un tipo de sesiones que tiene unos materiales previos y donde la sesión (un sábado completo) se dedica, primero a hacer una exposición breve y, después todo el tiempo a discutir.

Esa fórmula creo que de momento funciona, porque a mí me parece que más importante que comunicarles si en estos momentos la moda es no se qué, consiste en cambio en que ellos tienen que enfrentarse a un problema, asumir determinadas cuestiones, por ejemplo de historia del siglo XX, necesitan estar bien informado de las cosas que se han publicado y de las nuevas aportaciones y replanteamientos. A veces se trata de cosas de más fondo cuando el profesor tiene

que enfrentarse a problemas como los de nación o de raza. Necesitan tener ese ámbito donde antes se discuten y maduran las ideas y después son ellos los que tienen que definir las estrategias con las cuales van a trabajar esas cosas con sus discípulos.

Yo creo que esta es una forma adecuada de establecer la relación entre la universidad y los enseñantes y que sólo puede darse si hay ese juego entrelazado de manera que no se trata de darles consejos sobre cómo enseñar, sino de poner al día sus conocimientos y que los discutan colectivamente.

Eso tiene siempre un buen efecto: encontrar a otros con quienes comentar sus problemas y encontrar explicación de determinadas cosas. La Universidad tiene una ventaja sobre ellos y es su acceso a información y teorías recientes y es tu obligación compartirlos. Probablemente las horas de un profesor de secundaria son muchas más que las de un profesor universitario.

LA HISTORIA DESDE ABAJO

En América Latina existen experiencias e historia social en las cuáles no sólo se involucran sectores populares como objeto de estudio, sino como sujetos de producción y reflexión sobre sí mismos. ¿Cómo ve Josep Fontana estas experiencias de "historia popular" o "historia desde abajo"?

Aquí hay dos cosas. Una de ellas y que conviene no olvidar: tanto el historiador como la gente van a aprender; los dos van a aprender; uno ignora las respuestas y las aprende allí. No estoy tan seguro de que esa reconstrucción la haga el sujeto sin una ayuda y sin un diálogo con el otro. A mí me parece eso muy importante, porque nos está permitiendo llegar precisamente a problemas y a sujetos que quedaban completamente al margen de la historia oficial por el hecho de que en realidad no eran objeto de atención escrita más que de una forma muy marginal. Nunca tomados en cuenta como sujetos sino sólo como algo que está allí y que sufre unas consecuencias determinadas.

Aquí habría que aplicar un principio thompsoniano de que la explotación no es algo que se mide con ningún dato concreto, sino que es algo que se siente eso es fundamental. No podemos estar hablando de gente que sufre si no conocemos efectivamente como son sus vidas reales, como son sus relaciones con el mundo exterior y cómo las viven, las sienten, las representan y cómo, en función de ello, actúan.

Esto se refiere a una parte tan importante de la población, cada vez más mayoritaria; y además se refiere a un problema tan crucial como es el hecho de que nos estamos enfrentando a problemas sociales graves, a la forma como estos son sufridos y a la forma como se busca solucionarlos desde dentro; este es un camino que tiene que renovar muchas cosas.

Aquí hay un principio que habría que aplicar en otros terrenos de la historia y es el esfuerzo por entender lo que hay en la cabeza de la gente, lo cual no siempre se hace, sino que se le pone desde fuera lo que tiene que pensar en un momento dado.

La experiencia de History Workshop, que en algunos momentos fue muy prometedora, no se si sigue aún. Pero es evidente que una serie de problemas que en este momento corresponden a la moda como la historia oral e historias de vida, aún no se puede medir su incidencia y van a proporcionar mucha literatura y esto ayudará a afinar algo que puede ser fundamental para hacer este tipo de historia desde abajo, que es una necesidad clara y evidente, más aún en países como el nuestro donde los problemas sociales presentes reclaman este tipo de historias; se tiene que escoger entre salir adelante o caer en el abismo, no se admiten posiciones mediocres.

El historiador en este país debe tener una conciencia muy clara de que su trabajo no es una cultura decorativa para entretener a la gente sino que está tratando de responder a preguntas cruciales de la sociedad. Esto debe dar una gran vitalidad a la historiografía colombiana.

